

X. solía hablar en tercera persona de quienes escribían sobre él.

A X. le gustaba jugar con las palabras, charlar con las cosas, hacer el amor con las intenciones y pasar el rato con los conceptos (sin embargo, nunca dijo qué es lo que le gustaba hacer con las personas).

Lo que más atraía a X. de la astronomía era que se tratase de una ciencia capaz de suscitar su interés.

X. era de los que creen que no hay mayor progreso en los asuntos humanos que el que podría haber en caso de que un excremento adquiriese conciencia súbita de serlo.

Lo que más molestaba a X. era que lo confundieran con X'.

La biografía de X. era tan simple y monótona, carente de cualquier clase de trasfondo oculto e interesante, que era materialmente imposible que X. pudiera incurrir en un lapsus delator.

X. puntuaba la totalidad de los fenómenos —y no sólo el atractivo de las chicas— en una escala del 1 al 10; sin embargo, la calificación de 7 nunca podía otorgarla, ya que necesitaba una casilla vacía desde la que poder emitir un juicio.

A X. le habría gustado que la urgencia en la satisfacción de las necesidades naturales fuese más espaciada, para tener tiempo de llegar más lejos en sus reflexiones y poder dejar volar la imaginación en el ínterin.

Mientras él fuese realmente capaz de aportar ni siquiera una simple coma o tilde, a X. le daba igual que las frases le fuesen dictadas por el destino o por el azar.

Fruto de un extraño cruce del tiempo psicológico, el tiempo cronológico y el tiempo cosmológico en la persona de X., este fue inmortal mientras vivió.

X. solía reír solo, y a horas determinadas, porque creía que se trataba de algo tan necesario para su organismo como comer o dormir.

La única justificación que le hallaba X. a su vida, era que le aportaba la materia prima suficiente para escribir su biografía y los ejemplos para sus teorías.